

“EN ESTE RINCON AMENO Y REGALADO DEL PARAISO”

Como le llamaban ingenuamente sus antiguos moradores, la Secretaría de Agricultura y Pesca, ha instalado en este rincón ameno y regalado del paraíso, Kioscos de recreo.

Ha constituido un programa para divulgar mejor los productos de San Borja y el salto primario.

Todo el mundo que viene a guiente regala.

Este Boleto debe ayudar.

SE PRODUCE

- 1.—El t
- 2.—Enc
- 3.—Dañ
- 4.—Intr
- 5.—Caz
- 6.—Dañ
- 7.—Esc
- 8.—Ex

recepción de
La per
consignad

LA

Depen
la vida c
edad par
Los a
con las i
A Ta
eo, para
Cree



El Puente del Clérigo



El Puente del Clérigo⁽¹⁾

El padre don Juan de Nava,
En Salamanca togado,
Por el rey condecorado
Con la cruz de Calatrava.



Hasta su avanzada edad
Tanto en la virtud brilló,
Que el pueblo le declaró

¹ Uno de los puentes construídos sobre la gran cortadura que en la ciudad de México, después de la Conquista, limitaba el cuadrado central en que habitaban los españoles. Fuera de ese cuadrilátero vivían los naturales del país. Dicha gran cortadura fué denominada *La Trazá*.

En olor de santidad.

* * *

No hubo en México deán,
Ni canónigo, ni oidor,
Que buscando confesor,
No acudiera al padre Juan.

* * *

De tan pobre, no podía
Vivir cerca de la Plaza,
Y más allá de la Traza
Su alojamiento tenía.

* * *

Mas tal respeto al anciano
Los vecinos profesaban,
Que al verlo, se atropellaban
Por ir a besar su mano.

* * *

En la noche más oscura
Cruzaba calles desiertas
Y de su casa en las puertas
Jamás se vió cerradura.

* * *

Y a fe que tuvo razón,
Aunque guardaba un tesoro
De más estima que el oro
En su humilde habitación.

* * *

Que es máxima de salud
Y de cordura, poner
Por guardas de una mujer
Las rejas de la virtud.

* * *

Y era Beatriz de Millán
De proceder tan discreto,
Que siempre infundió respeto
Al más osado galán.

* * *

Veinte años contaba apenas,
Viendo, cual flor escondida,
Por el cielo de su vida
Cruzar las horas serenas.

* * *

Y de la humana maldad
Oía el rumor incierto,

Cual se escucha desde el puerto
La lejana tempestad.

Muy niña, pidiendo pan
A la caridad cristiana,
La recogió una mañana
En la iglesia el padre Juan.

Y supo, al prestarle abrigo,
Que, huérfana y mendigando,
Iba su niñez pasando
Al lado de otro mendigo.

El padre en su soledad
Comenzó a verse feliz,
Que en educar a Beatriz
Cifró su felicidad.

Y la vió, con gran contento,
Joven, llena de candor,
Como la encuentra el lector
Al comenzar este cuento.

II

En muy rica y noble cuna
Nació Domingo Sarrasa,
Galán que en México pasa
Por hijo de la fortuna.

El oro gasta a torrentes,
Y sin rival en la corte,
Es por su lujo y su porte
La admiración de las gentes.

Es en cualquiera función
Su séquito el más brillante;
Su potro el más arrogante
En la fiesta del Pendón (*).

(*) Durante la dominación española celebrábase en México, cada año, el 13 de agosto, día de San Hipólito, el aniversario de la toma de la ciudad por Hernán Cortés.

Esta fiesta se llamaba *del Pendón* porque el que había servido al Conquistador, era llevado en triunfo por una numerosa y lucida cabalgata, desde el Palacio Municipal a la Iglesia de San Hipólito. En esa procesión, las autoridades, la nobleza y los principales vecinos, procuraban a porfía sobresalir por la riqueza de los trajes y por la hermosura de los caballos y de los arreos.

De audacia y valor emblema,
No hay empresa que no embista,
Ni dama que le resista,
Ni ronda que no le tema.

* * *

En la palaciega grey
Es por los grandes mimado,
Porque tiene bien ganado
El afecto del virrey.

* * *

Como desafía el miedo,
Es en el empuje un toro,
Y clava en una onza de oro
Su tajante de Toledo.

* * *

Mas tiene tal condición
Que en su torpe juventud
Desconoce la virtud
Y es cieno su corazón.

* * *

No hay pesar que le conmueva,
Ni desgracia que le ablande,

Ni villanía tan grande
Que a cometer no se atreva.

* * *

Y fiero, con planta osada,
Con igual desprecio huella
La virtud de la doncella
Y el honor de la casada.

* * *

Sólo de Dios al servicio
Mentido respeto ensaya,
Que en esto le tiene a raya
El temor del Santo Oficio.

* * *

Pues cuando osó blasfemar
No faltó quien le dijera:
—Estas frases en la hoguera
Las iréis a pronunciar.

* * *

Y tomando por un hecho
Tan lúgubre profecía
Andaba de noche y día
Con una cruz en el pecho.

Con hipócrita sonrisa,
Bajos y humildes los ojos,
Rezaba, puesto de hinojos,
Por las mañanas la misa.

Por eso el virrey ufano
Le dijo al oidor Almasa:
—Me gusta ver en Sarrasa
Un calavera cristiano.

Y tanto frente al altar
Iba de renombre en pos,
Que en vez de encontrar a Dios
A Beatriz llegó a encontrar.

El la miró enamorado,
Y ante aquella aparición
Su perverso corazón
Se agitó desesperado.

Ella le vió, como ve
La tórtola a la serpiente;

Después, bajando la frente,
Tembló sin saber por qué.

Y salió del templo, huyendo
Como de espantoso abismo,
Y él, con infernal cinismo,
La fué siguiendo, siguiendo...

III

Luchó el galán siempre en vano;
Que atajan su intensa llama
La honestidad de la dama
Y el respeto del anciano.

Esa oposición salvaje
Aviva la resistencia,
Y de Beatriz la inocencia
Es, a su soberbia, ultraje.

Perdida ya la esperanza,
Ardiendo en negro rencor,
El alma cierra al amor
Y abre el pecho a la venganza.

Una noche en que esplendente
Está el cielo y despejado,
Se mira a un hombre embozado,
De la Traza sobre el puente.

* * *

Reina el silencio, es muy tarde;
Si alguno acierta a cruzar
Por tal sitio, al contemplar
Aquel bulto, huye cobarde.

* * *

Pasa una hora, y a lo lejos,
De fuerza y violencia escasos,
Se oyen sonar esos pasos
Conque caminan los viejos.

* * *

Ya está muy cerca, ya el puente
De subir un hombre acaba;
Es el padre Juan de Nava
Que camina lentamente.

* * *

Al verlo Sarrasa, fiero,
Con golpe descomunal,

Le clava con su puñal
En la cabeza el sombrero.

* * *

El arma pasa al través
Del cráneo, y queda prendida,
Cayendo el cuerpo sin vida,
Del matador a los piés.

* * *

Y es en vano que éste agote
Su esfuerzo desesperado,
El puñal queda aferrado
Al cráneo del sacerdote.

* * *

Entonces Sarrasa fragua
Un medio para ocultar
Su infamia, y sin vacilar
Lanza el cadáver al agua.

* * *

Húndese el cuerpo infeliz,
El huye sin pena alguna,
Y ve a la luz de la luna
En la ventana a Beatriz.